

AÑO XXII.—NÚM. 6304

16 DE JUNIO DE 1882

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 16 de Junio de 1882.

EL TRAZADO DE LA MERIDIANA.

—o—

La Comisión del Trazado de la Meridiana, compuesta de los Ingenieros del Cuerpo de Minas Don Juan Pablo Lasala, y Don Ramón Perez Bringas, ha dejado marcada la dirección de aquella línea en la Villa de La Unión, punto que como región de gran importancia minera, es de los comprendidos en el Real Decreto por el que se creó dicha Comisión. La necesidad e interés de este trabajo, que ha de fijar en lo sucesivo de un modo indubitable la propiedad minera, facilitando los procedimientos imprescindibles para toda buena explotación, no la desconocen cuantas personas se encuentran interesadas en tan importantísima industria y que es la principal riqueza de esta ciudad; la competencia del personal que lleva a cabo estos trabajos, así como la perfección de los aparatos empleados, son una garantía de la exactitud de la observación y trazado.

El método que se ha adoptado de preferencia, es el de acimales a la estrella Polar en los momentos de digresiones máximas y próximos a estas, determinándose el estado y movimiento del cronómetro por pasos de estrellas por el meridiano, usándose también el método de alturas correspondientes previo el primer caso; el cálculo de la efemeride correspondiente.

Los aparatos principales usados en esta operación, han sido un Teolito de los contruidos en Hamburgo por los Sres. Repsol, igual en un todo a los usados por los Geodestas del Instituto Geográfico en la triangulación de la red de primer orden, cuya construcción esmeradísima y el cuidado extremo con que los dichos Sres. estudian y ejecutan cada una de sus partes, los hacen preciosos para observaciones Geodésicas ó Astronómicas, que requieren cierto grado de precisión.

El segundo instrumento imprescindible para la operación practicada ha sido un cronómetro del constructor Inglés Dent, cuyo nombre es una garantía de bondad para cuantos necesitan usar estos aparatos; algunos otros instrumentos de menos importancia completan el material necesario para el trabajo de la Comisión que pasó a Murcia continuando el cumplimiento de su cometido.

La precisión de los trabajos practicados, nos ha probado una vez más la competencia del ilustrado cuerpo de Ingenieros de Minas, el cual está llamado en nuestro país a desarro-

llar una de las principales fuentes de riqueza.

LA INQUISICIÓN Y LA REVOLUCIÓN

POR

ABDÓN DE PAZ

—o—

(Conclusión.)

La tala de los antiguos bosques y la desecación de los antiguos pantanos habían hermosado a Europa, que aparecía cruzada de sendas y cubierta de ciudades. Las naciones estaban formadas; los gobiernos consolidados; las leyes escritas. Bajo las anchas bóvedas del templo congregábanse al fin nobles y plebeyos. La escuela abría sus puertas al ignorante. El hospital abría las suyas al necesitado. Y la familia se desarrollaba al amparo del derecho. Ya no era el marido el opresor de la mujer, ni el padre el tirano del hijo, ni el señor el verdugo del siervo. El cual, trocado en colono, alentaba esperanzas de emanciparse.

Justo es confesar que a estos progresos conyuvó como nadie la Iglesia, á pesar de los incesantes obstáculos que le opusieron, terminadas las persecuciones góticas, las contiendas de los sectarios, las negaciones de los filósofos, las ingratitudes de todos. ¡Cuán venturosa fuera la humanidad si pacíficamente realizara el ideal católico! ¡Cuán venturosa si, alejándose de los que pretendieron arrancarle la fé de su espíritu, clamara libertad, igualdad y fraternidad racionales, benéficas, inspiradas en el Verbo Evangélico!—«Conoceréis la verdad, y la Verdad os hará libres» (10). «A cada uno según sus obras» (11). «Amaos los unos á los otros como Yo os amé, hasta dar mi vida por vosotros» (12).

Sin embargo, sus consejos fueron desoídos. Y de aquí las desgracias pasadas. Y de aquí las desgracias futuras.

Mientras la Monarquía, que consiguiera imponerse á la aristocracia meditaba ahora, en el cénit de su gloria, imponerse al pueblo, éste soñaba en próxima regeneración, viciada por el descreimiento. La Iglesia Católica había necesariamente de luchar, según las circunstancias, ménos contra una regeneración cuyos gérmenes fué la primera en desarrollar; que contra un descreimiento cuyas tendencias debía ser la primera en contener. La bellísima oración fúnebre de Bossuet ante la tumba de Luis XIV, encerraba el alto concepto de tan noble empresa.

¡Inútil esfuerzo! Los gobernantes se resistieron á escuchar otra vez

que la de su orgullo. Los gobernados se resistieron á escuchar otra voz que la de su venganza. Y el cielo se cubrió de nubes, henchidas de rayos. Y la tierra vaciló en sus cimientos, minada por el fuego de cien volcanes. «Después de mí el diluvio», exclamó sonriente Luis XV. Y el diluvio vino, no de agua, de sangre.

Un rey tan bondadoso como débil rodeado de ministros en su mayoría ineptos, una aristocracia ávida de exenciones, una plebe cansada de gabelas, y una clase media dispuesta á novedades; la risa de Voltaire en los filósofos, y el odio de Rousseau en los políticos... Tal era el aspecto de Francia al estallar su Revolución cuyo principal desacierto consistió en olvidar que Dios, que castiga á los grandes, castiga también á los pequeños; en anteponer las negaciones de la Enciclopedia á las afirmaciones de la Biblia, invocadas con saludables resultados por los fundadores de los Estados Unidos de América.

Podía dominarse el torrente, según le dominó Carlos I de España en 1521. Pero también podía resultar dominador, y arrastrar á muchos, según el Parlamento Largo arrastró á Carlos I de Inglaterra en 1649. Resistirle era temeridad. Precipitarle, locura. Encauzarle, prudencia.

De los tres caminos, Luis XVI no siguió ninguno, mejor dicho, siguió el peor, el de la vacilación, el de la duda. Sus resistencias se tradujeron por odio. Sus concesiones por miedo. Y abandonado de todos, vió descargarse sobre su frente la tempestad que otros habían formado.

Desde el instante en que se disolvieron los Estados Generales no reunidos, hacia cerca de dos siglos, desde el instante en que el pueblo se constituyó en Asamblea Nacional, no hubo salvación para nadie. Los nobles, lejos de ahogar en amplia discusión sus envidias contra el rey y sus desdenes contra la plebe, se ocultaron para soñar en bagatelas, en ordenamientos de ceremonias ó en prescripciones de uniformes. Y mientras los militares enaltecían la esteva de Cincinato, y los palaciegos ensalzaban el puñal de Bruto, el clero, indeciso ó amedrentado, se dividió cuando todos se unían, se aisló cuando todos se asociaban: estado marasmático de que vinieron á despertar los gritos del verdugo.

Mirabeau, que alardeaba de demoralización a ejemplo de su maestro Voltaire, personificó la Asamblea Constituyente, y defendió la Monarquía para entregarla en manos de la República. Robespierre, que alardeaba de integridad á ejemplo de su maestro Rousseau, personificó la Asamblea Legislativa, y defendió la República para entregarla en manos de la Dictadura. La Revolución fué hija del primero y esposa del segundo; pero tan ingrata que, si no de-

voró á su padre porque la muerte se le adelantó á quitarle el trabajo, devoró á su marido, apenas hubo como Medea devorado á cada uno de sus hijos.

De cuantos males ocurrieron se inculcó al monarca. Decapitado Luis XVI, los acusados fueron los girondinos, que tenían por orador á Vergniaud, nacido para las tranquilas discusiones de una Academia. Cuando no hubo girondinos que sacrificar, los jacobinos, que tenían por orador á Marat, nacido para las borrascas del Comité de Salud Pública, se acusaron unos á otros. Ni bastó que la Convención trasladara en apoteosis racionalista á cantante desnuda, desde la sala de la Asamblea al templo de Nuestra Señora. Ni bastó que alguien predicara religión abstracta, sin ritos, símbolos, ni dogmas. Hasta el Barón de Cootz, que tanto se había distinguido en las fiestas atenas, dió con su cuerpo en el cadalso. Entonces, del mismo seno de la Montaña brotó un hombre, que se opuso á tan iacalificables extravíos. Invocando la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, se convenció á Maximiliano Robespierre de que la sociedad estaba pervertida por unos cuantos. Y viendo á Danton, que se disgustaba ya del desorden; y á Desmoulins que proponía la formación de una Junta de Clemencia; y á Hebert, cuyo Padre Duchene eclipsara al Amigo del pueblo del asesinado Marat; y á Chaumette de ideas ultra-revolucionarias; envió á Danton, y á Desmoulins, y á Hebert, y Chaumette á la guillotina. Su poder excedió al de los reyes absolutos. Pero ¡ay! que también el antiguo abogado de Arras había de derrumbarse con estrépito. En los instantes en que meditaba el exterminio de sus compañeros para conservar mejor su influencia, Tallien se le adelantó y le denunció por clemente. Los convencionales decretan su acusación. El Comité de Salud Pública se avergüenza de contarle entre sus individuos. Y el dictador, aturdido por la artillería de Barras, y por la gritaría de los que ayer le adulaban y hoy le insultan, se dispara un pistolazo que le fractura una mandíbula. Bañado en sangre es conducido al otro día al patíbulo con veintidos de sus camaradas, entre los cuales va aquel zapatero, calumniador de María Antonieta y verdugo de Luis XVII. Saint Just y Lebas se suicidan...

Cubramos con tupido velo tan las timosas hecatombes. Purifiquemos la atmósfera con nuestras virtudes, y evitaremos descargas eléctricas como las que se condensaron en un Torquemada ó en un Robespierre: la historia es una especie de física aplicada á la humanidad. Y mientras celebramos que la autoridad de los papas triunfara, en nombre de Jesús, de los excesos inquisitoriales,

(10) San Juan, VIII, 32.

(11) San Mateo, XVII, 27.

(12) San Juan, XV, 12 y 13.